

pidiendo á Felipe Augusto hombres y dinero. El rey de Francia no tenía entonces ningún deseo de mezclarse en una empresa de éxito lejano. «Estamos verdaderamente desolados de que el sedicente emperador Otón tenga la posibilidad de causaros daño, y este pensamiento nos llena el corazón de amargura. En cuanto á enviaros por mar doscientos caballeros, ¿cómo podríamos hacerlo, siendo la Provenza territorio imperial y perteneciendo igualmente al imperio las puertas de ese país? Quisierais vos que obligáramos á los príncipes alemanes á sublevarse contra Otón para que le forzaran á abandonar la Italia. Creednos que no hemos dejado de intentarlo; pero los príncipes nos piden cartas firmadas de vos y de vuestros cardenales, por las que os comprometáis á no reanudar jamás las paces con Otón. Es necesario que tengamos esas cartas. Es necesario igualmente hacernos con nuevas cartas vuestras libertando á los súbditos de Otón del juramento de fidelidad y dándoles autorización para elegir un nuevo emperador. Así, el verano próximo nos pondremos á la obra é invadiremos el imperio con nuestro ejército.» Por lo demás, Felipe Augusto no tiene inconveniente en que la Francia envíe dinero al papa, pero á condición de que lo proporcione el clero. «Vuestro legado maese Pelegrín nos ha hablado de sumas que convendría repartir entre los comerciantes italianos (eran los banqueros de Inocencio III) para la defensa del sitio apostólico. Le hemos respondido estas palabras: que comiencen por socorrerlos los arzobispos, los obispos, los abades, los monjes negros y blancos y todos los clérigos de la Iglesia de Francia; á nuestra vez, nosotros os ayudaremos voluntariamente. Es preciso obligar á aquéllos á que entreguen el tercio de sus rentas.»

No comprometerse demasiado; pedir en cambio que el compañero se comprometa en un todo; prometerle dinero á condición de no extraerlo de la bolsa propia, ¿no es toda esta conducta la de un hombre capaz aún de sobrepujar á los políticos de Roma?

Era necesario encontrar un competidor del güelfo: el único posible era el jefe de la familia Hohenstaufen, el joven Federico, rey de Sicilia. Inocencio III no se resignaba de buena voluntad á recurrir á esta familia peligrosa para el papado; pero Otón amenazaba, y precipitó la resolución. Los agentes franceses predispusieron en favor de Federico á los príncipes alemanes (1211 á 1212) é Inocencio libró á los súbditos de Otón del juramento de fidelidad.

El güelfo atravesó los Alpes. Hubiera querido impedir que su rival dejara la Italia y le siguiera dentro de Alemania. Pero Federico se internó bravamente en la parte más esquiva y menos frecuentada de los Alpes, la Alta Engadina, tomó Coire y San Gall, y arribó finalmente á Suabia, donde sus partidarios le hicieron una acogida entusiasta. Otón se mantuvo á la defensiva en la Alemania del Norte. Federico pudo á su antojo descender por el Rhin, y desde Worms alcanzar la Lorena, en que le había dado cita Felipe Augusto.

Encontró en Vaucouleurs, no al rey de Francia en persona, que no había querido (no se sabe por qué) pasar de Chalóns, sino á Luis, el príncipe heredero. Allí fué pactada y firmada la alianza. Federico, «emperador elegido de los romanos y siempre agosto,» llamaba al rey de Francia «su caro hermano Felipe,» invocaba los

lazos de amistad que le habían unido siempre á los Hohenstaufen, y prometía con juramento no establecer la paz, sin el consentimiento de su aliado, con los enemigos de Francia Otón y Juan Sin Tierra. El tratado no dejaba adivinar otra cosa sino que Felipe entregaba 20.000 marcos para ayudar al joven rey á satisfacer los gastos de su elección (19 de noviembre de 1212). Federico fué elegido en presencia de los enviados del rey de Francia (5 de diciembre). Conrado, obispo de Spira y de Metz, canciller del imperio, escribió á Felipe Augusto anunciándole el coronamiento.

No estaba solo el papa en la faena de hacer emperadores. La monarquía francesa se mezclaba. Tomaba á sueldo suyo los príncipes del imperio: nuevo y gravísimo estado de cosas en la situación europea. Aprovechar las divisiones de Alemania, fomentarlas, corromper á los príncipes del imperio; en una palabra, impedir en este país la constitución de un poder fuerte: esta política de la monarquía francesa, que se hará tradicional, arranca positiva y realmente de Felipe Augusto. Los últimos Capetos, los Valois y los Borbones, no han hecho más que seguir por el camino que él descubrió y trazó.

III.—El proyecto de desembarcar en Inglaterra y la victoria de Inocencio III (1)

Mientras tanto, el rey de Francia no perdía de vista el principal enemigo. La idea de desembarcar en la isla inglesa ya le había pasado por la cabeza en los comienzos de la lucha con Ricardo: volvió á inquietarle después de la conquista de Normandía y Bretaña, para tomar una forma casi definitiva á partir de 1210, cuando la impopularidad de Juan Sin Tierra y sus conflictos con la nobleza y el clero parecían anunciar una próxima caída.

Si debemos creer á un cronista francés del país de Artois (2), Felipe Augusto, á fuerza de pensar durante el día en sus proyectos, los soñaba por la noche. «Sucedió que el rey Felipe de Francia dormía en su lecho una noche. Salta al suelo de repente, como sacudido de una repentina emoción, y grita: «¡Por Dios!, ¿qué espero que no corra á la conquista de Inglaterra?» Los chambelanes que dormían á su lado quedaron maravillados en extremo, pero no osaron decir nada. Inmediatamente ordenó el rey que se hicieran llegar á su presencia al hermano Guerin, el hospitalario, su primer consejero; á Barthelemy de Roje, el más fiel de sus caballeros; á Enrique Clement, el Mariscal, y á muchos otros miembros de su consejo. Ordenóles que pro-

(1) FUENTES.—Además de los cronistas franceses é ingleses ya citados, las *Litterae clausae* y las *Litterae patentes* de Juan Sin Tierra, y los *Rotuli chartarum* publicados por Duffus-Hardy en 1833, 1835 y 1837. La *Chronique de Mathieu de Paris*, edición Luard. La *Vita S. Stephani archiepiscopi Cantuariensis* (Vida de Esteban Langton, edición Liebermann). La *Histoire des ducs de Normandie et des rois d'Angleterre*, edición F. Michel, que estuvo inédita hasta 1840 y que han utilizado poco los historiadores.

OBRAS DE CONSULTA.—W. Stubbs, *The constitutional history of England*, tomo I, 1883. Lucas, *King John and pope Innocent III*, en «The Month,» 1879. Ladenbauer, *Wie wurde König Johann von England vassall des römischen Stuhles?* en el «Zeitschrift für Kathol.,» 1882, tomo VI. Green, *Histoire du peuple anglais*, traducción Monod, tomo I, 1888.

(2) El autor de la *Histoire des ducs de Normandie*.

curasen retener en todos los puertos de mar de su reino todos los barcos que se encontraran, y de hacer construir nuevos barcos en gran cantidad, porque quería pasar á Inglaterra para conquistar aquel reino.»

Era necesario que la resolución de Felipe Augusto se realizara con tan súbita rapidez. Desde mucho tiempo atrás, venía siguiendo atentamente la marcha de los sucesos en Inglaterra. Los insurrectos montañeses del país de Gales y los reyezuelos de Irlanda le eran aliados. En carta escrita en 1212 al rey de Francia, el jefe de la tribu que dominaba el Norte del país de Gales, Llewelyn, le transmitió la seguridad «de su abnegación y de su respetuosa fidelidad.» A la vez se felicita de haber recibido del rey de Francia una carta sellada con bula de oro y atestigüándole su alianza. Esta carta la hace guardar cuidadosamente en una iglesia, como preciosa reliquia y prenda de la amistad indisoluble que une y unirá para siempre á entrambos países. Llewelyn participa á su aliado que ha hecho una liga de todos los jefes de la región contra Juan Sin Tierra, que han vuelto á tomar á los ingleses los castillos que éstos les arrebataron, y que no firmarán paz ni tregua con el enemigo sin haber avisado de antemano al rey de Francia y haber obtenido su consentimiento.

Felipe procuraba, mientras tanto, despertar alrededor de Juan Sin Tierra sublevaciones y traiciones. Desde 1209 envió á Juan de Lascy, uno de los más altos barones ingleses, este billete confidencial: «Os afirmamos que si os mantenéis fiel á la promesa por vos firmada, según testimonio que nos ha sido hecho por nuestro fiel Roger des Essarts, y si en virtud de tales compromisos hacéis en Inglaterra la guerra al rey Juan, ayudado de los amigos y adictos en quienes podáis influir, y la guerra en Irlanda, tanto por el concurso de vuestros amigos cuanto por la defensa de las plazas fuertes, por manera que recibamos nosotros noticias ciertas; os afirmamos que tomaremos entonces, acerca de las tierras que vuestros predecesores poseyeron en Inglaterra, tales disposiciones que las hagan inatacables en derecho.» Estas últimas palabras son un poco oscuras: Felipe hace á su aliado una promesa que evidentemente no podrá mantener sino después de la conquista de Inglaterra; pero esto nos demuestra que la cree posible y no muy lejana ciertamente.

Juan Sin Tierra preparaba tan á la perfección su propia caída que, en rigor, habría bastado dejarle hacer, contemplar y esperar.

Habiendo sido promovido á la Sede de Cantorbery Esteban de Langton, el rey se negó á reconocerle porque la elección había tenido lugar sin su consentimiento. Inocencio III quiso imponerle al elegido y comenzó una crisis religiosa que duró seis años. Entre los reyes de Inglaterra, cuyo poder sobre la Iglesia era casi ilimitado, y los arzobispos de Cantorbery, que defendían la causa de la Iglesia independiente, reformadora y amiga de Roma, era constante el desacuerdo. En tiempos de San Anselmo y Tomás Becket revistió la forma de una guerra franca. Y en suma, la monarquía había concluído por mantener sus derechos. Había tenido de su parte á casi todos los obispos, acostumbrados al yugo de tiempo y que sacaban provecho á su obediencia. Esta vez todos los obispos, al revés, se declararon por Cantorbery y por Roma. Era difícil resistirse á un papa co-

mo Inocencio III, y por otra parte Juan había exasperado al cuerpo episcopal con sus brutales exacciones. Los prelados que hacían resistencia al rey eran prendidos, encarcelados y sujetos á tormento, y los fugitivos se refugiaban en Francia ó en Italia donde corrían á quejarse al papa. En diferentes ocasiones Juan hizo vigilar las costas y prender á los que trataban de escaparse.

No llevaban los nobles mejor parte. Juan usaba contra ellos de sus derechos de soberano con rigor extremo. No contento de arrebatarles sus rentas, les quitaba sus mujeres, sus hijas y sus hermanas. Para prevenir las insurrecciones, tomaba en rehenes los hijos de los barones. Sus venganzas eran atroces. Matilde de Braose, mujer de un caballero rebelde, y su hijo, en poder de Juan Sin Tierra, fueron llevados á la cárcel; se le dió por todo alimento una gavilla de cebada y un pedazo de manteca cruda. Al oncenno día se encontró á la madre muerta, la cabeza inclinada sobre el pecho del niño. El hijo, muerto también, estaba apoyado contra el muro: su madre le había devorado los carrillos.

Para tornarles dóciles á sus exacciones, aterrorizaba á los burgueses y perseguía á los judíos. Un judío de Bristol, que se negó á entregarle su tesoro, fué condenado á que le arrancaran los dientes los verdugos: al octavo hizo entrega de sus riquezas.

Después de mucho tiempo de aguardar pacientemente, lanzó Inocencio III el interdicto sobre el reino (1212), «¡Por los dientes de Dios!, dijo Juan á sus obispos; si osáis pronunciar el interdicto, enviaré todo mi clero al papa y me apoderaré de sus bienes. Entonces todos los romanos que se encuentren en mi reino volverán á su patria, saltados los ojos y cortada la nariz, á fin de que se les reconozca en todo el universo. Y si tenéis en algo vuestra piel, ¡quitaos pronto de mi vista!» Mientras tanto, Inocencio negociaba todavía, esperando traer á razón al culpable. Le amenazó con excomunión personal. «Ved, le escribía, el arco está tendido, evitad la flecha, que una vez disparada no vuelve al arco.» Dudaba el papa todavía: Juan era aliado de Otón de Brunswick, el aliado del Papado. Finalmente, después de haber roto con el güelfo, lanzó la excomunión. El rey no se inmutó por ello más que por el interdicto. Entonces el diácono Pandolfo se presentó delante del rey de Inglaterra en Northampton. Después de larga discusión, tuvieron este diálogo:

El rey.—Quiero hacer algo en gracia al papa. Que Esteban Langton renuncie á su arzobispado; que el papa nombre en su lugar al que le plazca, y yo prometo reconocer al elegido: en seguida, si lo quiere el papa, daré un obispado á Langton, quizá en la misma Inglaterra.

El legado.—La Santa Iglesia no tiene costumbre de deponer á un arzobispo sin motivos muy graves, pero está habituada á precipitar de su grandeza á los príncipes recalcitrantes.

El rey.—¡Amenazas! ¿Creéis posible jugar conmigo como con mi sobrino el emperador Otón? Se me ha dicho que habéis hecho elegir otro emperador de Alemania.

El legado.—Es la verdad: el papa ha hecho este emperador como había hecho el otro, y está convencido de que á vuestra vez vos mismo os veréis obligado á someteros.

El rey.—¿Vuestras acciones pueden ser más temibles que vuestras palabras?

El legado.—Vos nos habéis revelado vuestro pensamiento. Ahora queremos haceros conocer el nuestro. El señor papa ha pronunciado contra vos la excomunión: esta sentencia, suspendida hasta nuestro arribo á este país, se pondrá ahora en vigor.

El rey.—¿Y qué más?

El legado.—Desde hoy absolvemos á todos los ingleses que no se comunicarán con vos y herimos de anatema á todos los que os sigan adictos.

El rey.—¿Y qué más?

El legado.—Dispensamos de fidelidad y homenaje á todos los súbditos de vuestros dominios; vuestro reino será entregado á aquel que lo ataque, por orden del papa, y á todos los aquí presentes ordenamos que cuando el papa envíe su ejército á este país, os unáis todos á él para rendir homenaje al jefe que les sea destinado; de lo contrario, no escaparéis al castigo.

El rey.—¿Y no podéis todavía más?

El legado.—En el nombre de Dios os declaramos que ni vos ni vuestro heredero podréis llevar la corona (1).

Mientras tanto, Felipe Augusto recibía á los desterrados de Inglaterra. Un día se presentó uno de los principales nobles que rodeaban á Juan *Sin Tierra*, Roberto Fitz-Gautier. «Cuando el rey Felipe le vió venir, le recibió muy altivamente, preguntándole de dónde venía y qué necesidad le traía á Francia. «Señor, respondió Roberto, gran necesidad me conduce, porque el rey Juan me ha arrojado de Inglaterra, robándome todas mis tierras.—¿Por qué razón?, preguntó Felipe.—¿Habré de declarároslo, señor? El rey quería robarme mi hija, desposada con Godofredo de Mandeville, y porque yo no quise soportarlo me ha aniquilado, expulsándome de mi tierra. Yo os ruego, por Dios, que tengáis piedad de mí como de un hombre desheredado y en desgracia.—¿Por la lanza de San Jaime, á punto os ha sucedido tal desgracia, porque yo debo pasar á Inglaterra, y si logro conquistar la tierra, seréis bien compensado de vuestra pena!—Señor, repuso Roberto, ya había oído decir que pensabais pasar á Inglaterra, y me huelgo de ello. Y saber que si vos me queréis ceder cuatrocientos ó quinientos de vuestros caballeros, pasaré delante de vos y entraré en Inglaterra á pesar del rey Juan. Yo me puedo mantener allí fácilmente un mes por la fuerza de mi linaje. Allí os esperaré, y así vos mismo podréis entrar con más seguridad.—¿Por la cabeza de San Dionisio, dijo Felipe, ninguno de mis caballeros pasará por delante de mí! Vos mismo aguardaréis para hacer conmigo la travesía.—Señor, dijo Roberto, yo haré lo que plazca á vuestra voluntad.»

Corrió la voz de que los vasallos de Juan *Sin Tierra* habían enviado al rey de Francia una carta sellada con sus sellos, por la que le prometían la corona si venía á tomarla (1212) (2). Juan dispuso algunas ejecuciones,

(1) Es difícil afirmar que esta conversación, recogida de los Anales de Waverley, se tuviera literalmente en esos términos, pero resume la situación y se ve en relieve el carácter verdadero de las personas.

(2) El hecho lo cuenta el cronista Roger de Wendover. En realidad, como dice M. Petit-Dutaillis en su *Louis VIII*, el «Trésor des Chartes» tan rico en documentos oficiales referentes á Fe-

para prevenirse contra Felipe, recibió homenaje de Reinaldo de Bolonia y negoció con el conde de Flandes, Otón de Bruñswich, y los príncipes loreneses. Al mismo tiempo reunía un ejército de mercenarios, fortificaba los puertos, agrupaba y ordenaba la flota inglesa, enviaba corsarios á la Mancha y procedía á una leva general.

1213 Felipe Augusto preparó el ataque. Los cronistas hablan de una flota de mil quinientas velas, de un derroche de 60.000 libras y de la reunión de un ejército «inmenso.» Inocencio III había puesto en pregón al rey de Inglaterra delante de la Europa (enero de 1213). Tres obispos ingleses, las víctimas más importantes de Juan, que se habían refugiado en Roma, volvieron de allí con instrucciones precisas. El decreto de deposición fué proclamado en Francia. Dióse la orden á Felipe Augusto y á sus súbditos de invadir el reino de Juan y de desposeerle de la corona, para entregarla, en nombre del papa, «á aquel que de ella será digno.» El rey de Francia y sus caballeros marcharon debajo del estandarte pontificio, para alcanzar la remisión de sus culpas. Como fin de la conquista, ¡la absolución! Esto, pues, no era una guerra: era una cruzada. Y el sucesor de Juan *Sin Tierra* fué designado en el hijo de Felipe Augusto, Luis de Francia, el cual, por su mujer Blanca de Castilla, podía presentar ciertos derechos á la corona de Inglaterra.

Reuniéronse en Soissons (8 de abril) todos los barones y obispos para obligarse á hacer la campaña. Uno solo, el conde de Flandes, Fernando, se negó á formar parte de la hueste. «Y que se abstendría, declaró, en tanto que no le fueran restituidos Aire y Sanit-Omer, las dos plazas fuertes quitadas, contra todo derecho, á Flandes.» Felipe le ofreció una compensación. El conde la rehusó y abandonó la asamblea. Ciertamente que Fernando no se había aliado aún á Juan *Sin Tierra*, pero su defección del de Francia era cierta: Flandes devino tan enemigo como la Inglaterra. Felipe se contentó con requerir al vasallo rebelde para que condujese su contingente de tropas, seguro de no ser obedecido. Ya se vengará de él más tarde.

Tomó Felipe sus últimas disposiciones, sus precauciones finales, y las tomó (sin mucho asombro por su parte) contra su hijo. Delante de la nobleza, en Soissons, el príncipe real, el futuro rey de Inglaterra, prometió permanecer en el país conquistado, sin reclamar nunca nada (durante la vida de su padre) del reino de Francia. Además exigirá de sus súbditos ingleses la promesa de que ellos no acarrearán ningún perjuicio ni al rey de Francia, ni á su Estado. En la distribución de feudos y tierras que se hará después de la conquista, Luis seguirá los consejos paternos. Y, finalmente, se le obligó también á jurar que, así que haya hecho prisionero á Juan *Sin Tierra* y le confisque sus bienes y sus dominios, le pondrá á disposición de su padre, Felipe,

lpe Augusto, no nos ha conservado ninguna de sus promesas ni de sus compromisos con los barones ingleses. Pero otras crónicas inglesas y francesas confirman el testimonio de Wendover. En 1213, cuando el legado Pandolfo intentó el último esfuerzo sobre el espíritu de Juan, no dejará de manifestarle, para darle miedo, que el rey de Francia se jactaba de haber recibido de casi todos los grandes de Inglaterra promesas escritas de fidelidad y de homenaje.

para que haga lo que sea su voluntad de la persona del cautivo, de su dinero y de sus bienes. En realidad, Luis dirigirá las operaciones militares y llevará la corona inglesa; pero el verdadero rey será Felipe Augusto (1).

El 8 de mayo estaba Felipe en Boulogne, lugar fijado para la concentración del ejército y de la armada. Dirigióse en seguida hacia Gravelinas (2 de mayo) para proceder al embarque, cuando llegó á su conocimiento la nueva inverosímil de que Juan se había reconciliado con el papa. Tan pronto como el rey de Francia vió llegar al arzobispo de Cantorbery, que, en nombre del papa, convirtiósese de un día á otro en protector de Inglaterra y de su rey, le prohibió que siguiese adelante. La cruzada fué suspendida. El legado Pandolfo, al mismo tiempo que parecía apurar en contra de Juan *Sin Tierra* todo el copioso arsenal de armas de la Iglesia, recibía instrucciones secretas para que aceptase la sumisión del rey de Inglaterra desde el momento en que éste hiciera cuenta de ceder. Hasta el término de la crisis conservó Inocencio III la esperanza de un arreglo. Mas, para llegar á esto, era necesario espantar al culpable y, de consiguiente, dejar que Felipe Augusto terminase sus últimos preparativos. Mientras la armada expedicionaria se reconcentraba en Boulogne, embarcóse el legado en Wissant, desembarcó en Douvres é indujo á Juan *Sin Tierra* á capitular. De manera que todo este grande movimiento, el poner en marcha á toda una cruzada, las promesas solemnes, fueron sólo un ardor de la política pontificia, un medio de procurar á la Iglesia romana beneficios políticos y materiales.

En 13 de mayo prometió Juan «obedecer las órdenes del papa en todas aquellas cosas por las que había sido excomulgado.» Dos días más tarde, depositó la corona en las manos del prelado y prestó juramento de ser fiel á Dios, á San Pedro y á la Iglesia romana. En 20 de julio levantósele la excomunió, y en 13 de octubre, «tocado de la gracia de Espíritu Santo,» concedió Juan á la Santa Sede los reinos de Inglaterra y de Irlanda, se hizo vasallo del papa, prometiéndole un tributo anual de mil marcos, y se obligó á tomar la cruz. Lo cual fué, mejor que la sumisión, la abdicación completa de su poder al Pontificado.

Los barones también alcanzaron su parte en esta victoria de los clérigos. En el acto en el cual Juan *Sin Tierra* juró amar á la santa Iglesia, prometió también «restablecer las buenas leyes de sus predecesores, sobre todo las del rey Eduardo, y juzgar á todos sus hombres según justicia, devolviendo á cada uno su derecho.» Y por esto Juan se reconcilió con sus barones, como ya lo había hecho con sus clérigos, hasta tal punto que aquellos, que habían ya prometido su auxilio al rey de Francia, hicieron saber á éste que desde entonces para nada contase con ellos. Por lo demás, Juan *Sin Tierra* no se deshonró por haberse sometido al papa: en estos

(1) Otros acuerdos particulares fueron aprobados en el congreso de Soissons, acerca del cual el historiógrafo de Felipe Augusto, Guillermo *el Bretón*, nos ha dejado más que algunos apuntes muy insuficientes. Asistió á él el duque de Brabante, Enrique, que prometió unirse á los franceses en su expedición á Inglaterra, con la condición de casar con María, hija de Felipe Augusto, y de recibir una renta de 1.000 libras parisisinas. El casamiento hubo de tener lugar algunos días después.

tiempos, un homenaje al papa en nada humillaba á un poderoso príncipe.

Abandonado por Inocencio III y por los barones ingleses, el rey de Francia nada pudo. Su capellán, Guillermo *el Bretón*, pretende que Felipe aparentó buen ánimo, á pesar de su mala fortuna, hasta el punto de exclamar: «He triunfado, pues, gracias á mí, Roma ha sometido el reino de mi enemigo.» Pero es más de creer la *Historia de los duques de Normandía y de los reyes de Inglaterra*: «Grande ira y coraje tuvo en su corazón el rey de Francia contra el apóstol (el papa) que le había cerrado el camino de Inglaterra.»

De manera que el papa destrona á un rey, concede su corona á un extranjero, y después priva á éste de alcanzarla. Gustaríamos de conocer la correspondencia cambiada, en esta ocasión, entre Felipe Augusto é Inocencio III. No queda huella de ninguna obligación contraída por el papa, ni de ninguna promesa hecha á Francia. ¿Acaso el tiempo ha hecho desaparecer las cartas del papa tocante á esto, ó bien, Inocencio III, al erigirse defensor de Juan *Sin Tierra*, suprimió los testimonios escritos? Un documento, una escuela dirigida por Inocencio III á su legado Nicolás, obispo de Túsculum, da alguna luz sobre ello, pues en dicha escuela el papa recomienda que busque con gran cuidado todas las letras pontificias en las que se trate de la condenación de Juan *Sin Tierra*, tanto las mandadas á Inglaterra, á Escocia y á Irlanda, como las enviadas al reino de Francia (*per regnum Franciæ*). Estas cartas debían sus poseedores entregarlas en su original, y era cuidado del legado pontificio hacerlas desparramar en diminutos trozos por los campos, ó bien quemarlas (octubre de 1213) (2).

Sea como quiera, Inocencio III, á quien había vencido Felipe Augusto en el asunto de Ingeburga y en lo referente al cisma de Alemania, tomó la revancha impidiendo á éste que se apoderase de Inglaterra. Quizá no hubiera alcanzado este resultado si no se hubiese movido en el mismo sentido una necesidad histórica irresistible: la que tendía á mantener políticamente separados á los dos pueblos ribereños del canal de la Mancha. Los esfuerzos del papa fueron secundados por el sentimiento nacional, ya poderoso en ambos países.

CAPITULO IV

BOUVINES

- I. La coalición de 1213. Renato de Dammartín y Fernando de Portugal.—II. La guerra de Flandes. La Roche-au-Moine.—III. La batalla de Bouvines. Consecuencias de la victoria.

I.—La coalición de 1213. Renato de Dammartín y Fernando de Portugal (3)

Felipe Augusto iba á vengarse en su vasallo rebelde, el conde de Flandes, de la gran decepción que acababa de experimentar. Pero, al atacarle, provocó una coalición que puso en grave peligro el poderío francés. Otón de Brunswick fué de los primeros que entró en ella. En

(2) *Easque protinus facias minutatim incidi vel igne comburi.*
(3) FUENTES.—Las crónicas y colecciones de documentos citados en el párrafo precedente, y además el *Anonyme de Béthune*.